


¿Qué buscas, lobo?

EVA VIEŽNAVIEC

Traducción de Andréi Kozinets

gatopardo ediciones 

Título original: Па што ідзе, воўча?

© Eva Viežnaviec, 2020/Paul Zsolnay Verlag Ges.m.b.H., Viena

Publicado originalmente en 2020 por Verlag Pflaumbaum, Minsk

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent

© de la traducción: Andréi Kozinets, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

La traducción de este libro ha contado con una ayuda de
la Fundación S. Fischer

S . F I S C H E R
S T I F T U N G

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura



Primera edición: enero de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Campesina*, Philip Andreevich Malyavin (1920)

Imagen de la solapa: © Dirk Skiba

ISBN: 979-13-990310-1-0

Depósito legal: B 17716-2025

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

¿QUÉ BUSCAS, LOBO?

CAMINO DEL CEMENTERIO

Si te encuentras en unos baños públicos, lamiendo la llave con la que acabas de descorchar una botella de vino para no desperdiciar ni una gota del preciado líquido, es que no te queda nada que perder. Sobre todo, si esa llave ya no abre ninguna puerta.

Después de pasar la lengua por la llave, Ryna bebió a morro con la destreza necesaria para que el corcho, que flotaba dentro de la botella, no obstruyera el paso del vino al gaznate. Como cualquier otra ocupación, el alcoholismo tiene sus secretos y requiere cierta práctica. Escondida en los baños de un centro comercial, Ryna procuraba beber sin hacer ruido, para que no la oyeran en los cubículos contiguos.

La historia del alcoholismo femenino se escribe en los baños públicos, que componen la línea discontinua que recorre todo alcohólico de ciudad. No así los alcohólicos de pueblo, que cuentan con sus propios escondites aquí y allá. Tani *Libélula de Oro*, por ejemplo, escondía botellas en las copas de los manzanos. Mientras empi-

naba el codo, picoteaba manzanas sin arrancarlas de la rama, y los manzanos quedaban llenos de fruta mordida.

El caldo frío y verdoso de un vino de Mosela —que Ryna había comprado en Darmstadt y no abrió hasta su llegada a Varsovia— se precipitó por el abismo seco de su garganta, transformando el Mal en Bien. Ryna salió del cubículo y se acercó al lavamanos. Sin mirarse en el espejo, puso las manos bajo el chorro de agua. El subidón no iba a durar mucho, por lo que, mientras conservaba la lucidez, convenía comprobar que todo —documentos, billetes, cartera y móvil— seguía en su sitio. Al menos, ya no tenía que preocuparse por la llave. En Alemania se había quedado sin trabajo y sin casa, y en el terruño no hacían falta llaves. La abuela jamás había utilizado llaves ni cerraduras, se limitaba a trancar la puerta con una estaca. La anciana había entregado su alma al Señor el día de San Basilio, a punto de cumplir ciento un años y sin haber alcanzado a Agnesha Adólfova, que había nacido el día de Navidad de 1912 y había muerto el día de San Juan Bautista de 2014, a la tierna edad de ciento dos años y siete meses. Ahora tocaba apostar por Paraska, la más vivaracha de todas ellas.

Al morir, la abuela Darafeia estaba delgada como una vaina de judía y casi ciega, pero en sus cabales y en plena forma física. Por entonces, Ryna se dedicaba a cuidar a pensionistas germanos en lugar de atender a su abuela. Fue algo así como cerrar un círculo, tenía su lógica. Los bielorrusos estamos ligados a los alemanes en la prospe-

ridad y en la adversidad; en cualquier caso, tanto una como otra son efímeras y terminan siendo irrelevantes. A la vuelta de las vacaciones, la habían despedido de la residencia de ancianos por su afición a la bebida. Por lo demás, ya hacía tiempo que Ryna sentía que la vida le estaba dando una patada en el trasero y que era hora de regresar al hogar. Y ahora se daba la circunstancia de que no tenía otra opción. Como si fuese un gatito, la habían metido en un saco, lo habían atado con un cordel y la habían devuelto al pantano mariano de su infancia.

Todo en orden. Hora de coger el tren. El efecto del vino de Mosela le durará aproximadamente una hora y media; luego podrá refugiarse en el retrete del vagón para echar, con precaución, otro trago. En un par de horas llegará a la frontera, que conviene cruzar mascando chicle y posando una mirada candorosa en guardias y aduaneros. Ryna sale de los baños y echa un vistazo a los visitantes del centro comercial. Es fácil reconocer a los desdichados entre la multitud. Ese joven de ahí odia sus espinillas y trata de ocultar el rostro bajo la melena y la capucha. Aquella anciana ha venido a la estación para sentirse arropada. Al parecer, no tiene ningún otro sitio al que ir. Lo mismo que las dos adolescentes que se dedican a rondar estaciones de tren y centros comerciales, dispensando caricias en excusados y aparcamientos subterráneos. Y allí están sus semejantes: un hatajo de trabajadores inmigrantes, con los vaqueros raídos y la piel enrojecida. Los alcohólicos siempre vislumbran el mundo desde el fondo del abismo. Para mantenerse a flote es

preciso que la borrachera no decaiga, de lo contrario todo se vuelve insoportable. He aquí la esencia de su enfermedad.

Es cuestión de práctica. Empolvarse la cara, cepillarse los dientes, mascar chicle, alisarse el pelo con agua. Moderar y suavizar las reacciones. Moderar los altibajos emocionales, el sentimentalismo y la ira. Mantener la compostura. «Erre con erre guitarra, erre con erre barril. Rápido ruedan las ruedas por los rieles del ferrocarril.» La dicción empezará a fallar mucho más tarde, cuando haya cruzado la frontera. Entonces habrá llegado el momento de echar el último trago de vino de Mosela para celebrar el retorno a la patria. Todo gran acontecimiento merece un trago, y el regreso a casa siempre es algo memorable. No importa si vuelves en avión, en coche o en tren: al cruzar la frontera, el aire se torna pesado y húmedo, difuminando y amortiguando los sonidos, y los olores se intensifican, como si te hundieras en un pantano o en un estanque invisible. Justo detrás del puesto de control fronterizo asoman el espinazo gris del bosque, el cielo veteado de franjas color grafito, un ave que hace filigranas sobre la floresta. Todo ello muy bien pensado y ejecutado. Y luego empieza el país propiamente dicho, con su sol, su cielo, sus almiarés y sus árboles desmochados, sus piedras pintadas, sus tanques en pedestales y sus monumentos de soldados tallados en piedra. Y sus baños públicos, claro. En los baños bielorrusos, hasta empinar el codo es difícil: el alma se revuelve. Cañerías envueltas en lana de vidrio sucia, surcos de agua oxidada

en el lavamanos, olor a muerto, abandono y escasez: el jabón y el papel higiénico brillan por su ausencia.

La oferta comercial en la estación central de Minsk abunda en muslos de pollo fritos y literatura de kiosco. ¿Qué más se necesita para salir de viaje? Pese a llevar un buen rato chupándole la sangre a su portátil, el móvil de Ryna no resucitó. Quizá se hubiese mojado con el vino, gajes del oficio. Pero ¿qué más daba, si ya no tenía a nadie a quien llamar o escribir? La única persona con la que le habría gustado hablar en ese instante yacía boca arriba, el cuerpo tieso y las manos entrelazadas sobre el pecho. Era mejor no pensar en ello. En cuanto acusó el regreso de la sobriedad, Ryna se sintió engullida por un vacío interior. La estación de Minsk era un auténtico muermo. El centro del vestíbulo, que parecía un enorme granero, estaba ocupado por una escalera mecánica. Para animarla habría hecho falta un cancán francés: bailarinas brincando, dando patadas al aire y haciendo cabriolas al son de la orquesta y de las carcajadas del público. Las plumas ondeantes y los encajes de tul quizá animarían a los viajeros y a los policías de uniforme gris paloma. Aunque tal vez ni siquiera un cancán francés lograra exaltar a nadie en aquel lugar. La gente del país es poco dada a emocionarse; la inexpresividad de sus rostros hace pensar en el síndrome de Moebius. Ni vivos ni muertos. Como una boca llena de agua. Como humedad incandescente. Como un verano indolente. El rostro humano tiene cuarenta y tres músculos. Es probable que a los nativos no les apetezca tener que contraerlos con cada mueca, con cada sonrisa. Pero esto solo lo notan los turistas, para

los aborígenes se trata de algo perfectamente *normal*. La palabra clave es «normal». «A mí, ser bielorrusa me resulta de lo más normal», declaró sin inmutarse una chica al ser encuestada a pie de calle. En una cultura de la supervivencia, la mímica debe reducirse a la mínima expresión.

Se requería un buen sustituto para el vino de Mosela, un brebaje capaz de prolongar la euforia etílica. Por ejemplo, un litro de zumo de pomelo mezclado con cien o ciento cincuenta mililitros de vodka puro. Ryna se dirigió a los retretes situados en el sótano de la terminal; solían estar limpios y resultaban acogedores. La limpieza corría a cargo de unas mujeres desengañadas de la vida e indiferentes a todo. En los cubículos la gente bebía a hurtadillas, se cambiaba de ropa, reorganizaba las maletas y quién sabe qué más. Para llamar la atención en aquel lugar, habría sido preciso ahorcarse. Ryna se preparó su cóctel rápidamente y acto seguido cogió el tren regional, que traqueteó largamente entre bosques de alisos y pinos raquíuticos hasta detenerse al filo de aquel día de invierno que ya declinaba. Zarecha. El pequeño puente que cruza el río, las casitas, la antigua base militar semioculta entre pinos. Salvo uno de los pabellones, que acogía un asilo para ancianos e inválidos, la base estaba prácticamente abandonada. Junto al asilo se erguía un abeto enclenque, decorado con copos de algodón y adornos navideños de los años sesenta y setenta del siglo pasado: un cisne, una ardilla y un gallo de aluminio, y un astronauta y una mazorca de cristal. Una de las cuidado-

ras había traído aquellas figuras de su casa para darles una alegría a los que habían acabado allí a causa de su decrepitud o sus dolencias. Como Natasha, que ahora esperaba apoyada en la valla de la estación. Aguardaba todos los días la llegada del tren para interrogar a los pasajeros: «¿Vienen de Leningrado? ¡Mi papá es de Leningrado!». Natasha era una mujer corpulenta, conservaba únicamente cuatro dientes y sonreía con picardía, como si estuviera tramando algo. Natasha, que adoraba el color violeta, envolvía su voluminoso cuerpo en un holgado anorak de dicho color, combinándolo con un pañuelo violeta con un estampado de flores verdes e hilitos plateados.

—¿Me lo has traído? —preguntó, esperanzada.

Ryna sacó de la mochila un bolso violeta, del que a su vez extrajo un pintalabios lila.

—Y tú, Natasha, ¿me lo has traído?

—¡Te lo traeré! Pero antes necesito saber si el pintalabios me queda bien. Si me queda bien, te lo traeré. Si no, ¡ya puedes olvidarte!

Natasha hizo girar el pequeño cilindro del pintalabios y se quedó embelesada con la punta de nácar. Para conseguirlo, Ryna había tenido que zambullirse en los agujeros negros donde yacían los vestigios de los años noventa. Finalmente, en una tiendecita destartalada de la estación de Poznan, había encontrado una caja llena de pintalabios rebajados de precio. Nacarados, azules, grises, rosados y violáceos. El dueño estaba dispuesto a venderle la caja entera por diez eslotis, pero ¿qué sentido tenía?

Natasha nunca podría usarlos todos. Cada vez estaba más débil e hinchada, su cuerpo se estaba descomponiendo literalmente por efecto de los medicamentos. Ryna había visto morir de forma similar a más de un interno.

Mientras Natasha corría torpemente hacia el pabellón, Ryna se quedó esperando el autobús al abrigo de unos pinos. Tomó un sorbo de su elixir. Le agradaba contemplar cómo los pálidos rayos del sol centelleaban entre los pinos dispersos alrededor de la base, mientras los ladridos de un perro se iban apagando poco a poco en la distancia. Un golpe resonó a lo lejos, como si alguien estuviera aporreando un barril metálico con una barra de hierro. El autobús Zarecha-Lipen andaba cerca. ¿Me lo traerá? ¿Me lo dará o no me lo dará? Al final, tendría que confiar en el veredicto del destino. En cualquier caso, se merecía una recompensa. Natasha debía corresponderle.

Ryna ya se había acomodado en un asiento junto a la ventana cuando apareció Natasha. La mujer violeta corrió hacia el autobús con sus gruesas piernas enfundadas en unas botas de nieve. Le entregó a Ryna un pequeño envoltorio de papel de aluminio reciclado de una tableta de chocolate y atado con una cinta carmesí.

Agradecida, Ryna estampó un beso en la esponjosa mejilla de Natasha y guardó el paquete en la mochila. Todo marchaba sobre ruedas. Cuando lo has perdido todo, las cosas solo pueden ir a mejor. A través de la ventana del autobús vio el cadáver de un perro ahorcado en un matorral. La primera. Cuando se da sepultura a una curan-

dera, tienen que producirse siete muertes, de mayor o menor magnitud. Con todo, Ryna no tenía ganas de recordar las enseñanzas de Daroja, porque no creía en ellas y, aunque lo hiciera, eso no cambiaría las cosas ni la salvaría de nada. Así que no tenía sentido recordarlas siquiera. Y, sin embargo, pensaba en ellas de forma recurrente, porque Daroja sabía más que cualquier otra curandera en cien verstas a la redonda. Lo anotaba todo con un lápiz azul, quizá el último de ese tipo que quedaba en el mundo. Ya nadie los usaba, pero en su día la abuela había tenido una caja llena de lápices de anilina, gruesos como un tronco, con los que emborronaba cuadernos enteros. ¿Para quién? A Ryna, las «enseñanzas» de su abuela no le interesaban lo más mínimo. Y Daroja no tenía más nietos. Así las cosas, ¿quién se encargaría de descifrar los garabatos de aquella anciana ciega?

La abuela firmaba sus cuadernos en ruso, «Darafeia Sávkovna Sírash», para darse importancia. Se resistía a aceptar que, en ruso, su patronímico se escribía «Sávvichna» y no «Sávkovna».

—¡«Sávvichna»! —refunfuñaba—. ¡Como si fuera una lechuza!¹ ¡«Sávvichna» tú, listilla! Estudié en un centro de alfabetización y en la escuela, sé muy bien cómo se escribe cada cosa.

—Abuela, ¿por qué pones «Sávkovna»? —le preguntaba Ryna—. Deberías escribir «Sávvovna», ya que el nombre de tu padre, en ruso eclesiástico, era Savva.

1. En bielorruso «lechuza» se dice «savá».

—¡Ese asesino no merecía llamarse Savva! «Savka»² es suficiente —respondía enfadada la abuela.

De hecho, nadie la había llamado nunca Darafeia Sávkovna. La llamaban Daroja, Darocha o Darojna, además de la Razones, porque siempre remataba sus enseñanzas con un «esa es la razón».

Los «esa es la razón» abundaban asimismo en sus apuntes de química, tomados con un lápiz gris o azul. De vez en cuando había que mojar con saliva los lápices de anilina para que escribieran, aunque al hacerlo su veneno pasaba al cuerpo, de tal forma que se pagaba con la vida por escribir y la página acababa llena de saliva, como un nido de golondrina. A Ryna esto le repugnaba y le inquietaba a la vez, como si se tratara de una metáfora. Había tratado de regalarle a su abuela bolígrafos, plumas estilográficas e incluso sus primeros rotuladores, que su padre le había conseguido —quién sabe dónde— cuando empezó la escuela primaria, pero no sirvió de nada. La anciana nunca los aceptó. ¿Se conservarían todavía los apuntes de anilina de la abuela? ¿Y el sillón de forro azul que el viejo Lémesh le hizo antes de la guerra? ¿Y su bastón?

Si no se dispone de vehículo propio, resulta imposible salir de Lipen a partir de las seis de la tarde. Lipen se aquieta, desconecta del mundo y reclina su ancha frente sobre las patas de sus veredas, mientras los bosques circundantes se hunden en la oscuridad y las luces morteci-

2. Diminutivo de Savva.

nas de las aldeas vecinas brillan en la distancia: Vysókaia Berva, Zabarvecha, Abachynets, Plusna, Peratok, Pel, Smalgavok, las dos Vólaie, la Mayor y la Menor. Al anochecer, Ryna llegó a Lipen en el autobús con forma de barril metálico y logró cambiar justo a tiempo a otro que iba a Vóstryie Yolki y semejaba un gigantesco pepino de hierro. Visto lo visto, tendría que recorrer los últimos siete kilómetros a pie en la oscuridad. Podría haber llamado a su padre para que fuera a recogerla, pero ¿para qué molestar a personas que trabajan hasta la extenuación y no están para trotes? ¿A santo de qué debía su padre poner en marcha su viejo Lada? ¿Por Ryna, una pordiosera que había trabajado en la rica Alemania, pero que no llevaba ni un rublo para contribuir a los gastos del entierro?

El autobús se detuvo en Vóstryie Yolki. No era ninguna proeza caminar los siete kilómetros restantes, ni siquiera en una tarde de invierno: los caminos locales son terraplenes que serpentean como lochas entre turberas secas. Y cuando el camino se eleva sobre el bosque, ni siquiera en la noche más cerrada resulta inquietante. Solo el tramo de Karalija, donde tres adolescentes habían muerto al estrellar el coche de su padre, podía infundir cierto temor: allí, entre los pinos, brillaban los pañuelos blancos de las cruces, como si los tres chicos permaneciesen allí de pie con sus camisas blancas. Al recorrer aquel tramo, Ryna siempre temía oír: «Eh, ¿tienes un cigarrillo?». El chico que iba al volante era un fumador empedernido. En el aire húmedo del invierno, su voz apenas sería audible, como si atravesara una barrera de algodón.

Ryna hizo un alto en el camino y entró en el bar Vasiliok para prepararse otro cóctel de vodka y pomelo. Lo necesitaba. Después de Karalija tocaba pasar por Peravésnaie, otro lugar encantado, según se decía. Algunos aseguraban haber avistado allí, ya a un carnero suelto, ya al viejo Garvata, que llevaba años criando malvas en el cementerio de Famin Rog. Los pantanos locales no parecían dispuestos a respetar el descanso del viejo golfo. Y Tani *Libélula de Oro*, que solía desplazarse en bicicleta de Naugálnaie a Vólaie, había oído a un chotacabras por esos pagos. Pero quizá no había que fiarse de Tani, que en cierta ocasión contó que, por las noches, una gran bola grisácea envuelta en llamas la seguía a todas partes. Incluso fue a ver a la abuela Daroja para pedirle que la librara de aquella bola aterradora. Sentía que la bola la había elegido y quería algo de ella. La abuela le sugirió que moderara el consumo de aguardiente y le dio algo envuelto en una hoja de cuaderno en la que había escrito a lápiz: «Para ahuyentar el espanto y el sueño mortal». Ryna no creía en esas cosas, pero la oscuridad nocturna y el hecho de estar yendo al encuentro de una difunta lo cambiaban todo. Temía toparse con los tres chicos, con el viejo Garvata o con los lobos que merodeaban sin descanso por las afueras de Peravésnaie, donde se encontraba la fosa de ganado. Sin embargo, en el koljós morían tantos animales que lo más probable era que los lobos no tuvieran apetito para el cuerpo alcoholizado de Ryna.

Todos estos pensamientos se agolparon en su mente en cuanto se quedó sola en la oscuridad y la niebla de un

invierno húmedo y templado. «Vodka, querido vodki-ta, quédate en mi cabecita y en mi barriguita.» Esta vez Ryna echó un buen trago, largo y áspero como una sogá. En inglés, la palabra más adecuada para describir ese trago sería «*keen*». Sí, eso era, *keen*, audaz. Pero controlado. Suficiente para armarse de valor y evitar caídas. De lo contrario, la encontrarían como a Grinia, que había muerto congelado no muy lejos del cruce, entre las zanjas, con la chaqueta en la cabeza y la espalda desnuda.

¡Qué tonterías se le ocurrían! Pero era de esperar, ya que Ryna tenía en la cabeza un mapa de difuntos. Un mapa antiguo, que se remontaba al año 1920, más o menos. La abuela recordaba dónde había muerto cada cual, en qué zona y cómo lo habían encontrado, y qué se había contado al respecto. Habiendo sobrevivido a dos guerras y nueve cambios de Gobierno, la anciana no había escatimado historias a su nieta. A veces parecía que fuese Ryna la que tenía ciento un años y albergara en su cabeza un mapa de difuntos, los árboles genealógicos de aldeas enteras y las «enseñanzas» de la abuela, tan abundantes como inútiles. A menudo se preguntaba por qué avatares del destino, a su edad, no sabía nada útil, no había prosperado en el mundo vasto, rico y diverso en el que había pasado las últimas dos décadas, pero en cambio, amaba y se aferraba a ese rincón miserable y remoto donde había vivido hasta los veinte años. Y se preguntaba también si no sería esa la razón de su fracaso: sin familia, sin hogar, sin trabajo, pero alcohólica.

La Razones era muy versada en el tema y tenía su propia teoría al respecto, consignada con lápiz de anilina:

El aguardiente y los cenagales son obra del Diablo. Al observar a Dios sembrar la tierra, hurtó un puñado de esta y se la escondió en la boca. «¿Qué estás comiendo?», le preguntó entonces Dios. Para disimular, el Diablo se tragó la tierra, pero se le hinchó el cuerpo y tuvo que devolver. Y fueron los cenagales lo que vomitó. Asimismo, en otra ocasión, cuando el Creador proveyó de agua a la humanidad, el Diablo tomó una parte y se la guardó en la boca. «¿Qué estás bebiendo?», le preguntó Dios. El Diablo se echó a reír y devolvió de nuevo. Y fue el aguardiente lo que vomitó.

—Abuela —le dijo Ryna—, eres una persona instruida. Orka y Pável te dieron clase en el centro de alfabetización. ¿Por qué escribes estas cosas?

—A Orka le encantaban. Él mismo indagaba en las aldeas y las anotaba. Pero ya no queda nada de aquellas notas, desaparecieron todas en un incendio. Y Pável te habría dado mil vueltas. Era comunero, hizo construir un ferrocarril de vía estrecha en Vóstryie Yolki, fundó el centro de alfabetización y la escuela. Fue el primero en subirse a un tractor y construyó con sus propias manos el molino comunitario.

Absorta en sus pensamientos y recuerdos, Ryna recorrió los siete kilómetros sin darse cuenta.

Para los forasteros existe una única vía de acceso a la aldea, pero la gente del lugar conoce hasta siete. Naugálnaie se encuentra en el límite entre los pantanos de María y Skórdnaie. Aunque hace tiempo que fueron drenados, en el bosque y en los prados aún quedan algunos «ojos» pantanosos y profundos, charcas cubiertas de juncos afilados como cuchillas y ciruelos pinchudos que atraviesan los bosques y los campos, dando fe de que allí hubo una vez vida humana, una granja colectiva. En vez de abrirse paso a través de los matorrales y las ciénagas, el forastero accederá a Naugálnaie por el camino de grava elevado, donde lo recibirá un letrero metálico de grandes dimensiones: «¡Bienvenido al pueblo agroindustrial de Naugálnaie!». Al pie del letrero descansan dos piedras pintadas de azul. A primera vista parecen unas piedras normales y corrientes, pero la vieja Daroja decía que se trataba de la piedra reptadora del caserío de Bestriks y de la piedra sagrada del pozo Biely Slup.³

—Mientras no sean devueltas a su ubicación original, no habrá vida —juraba la abuela—. Esta debería estar en la cripta de Bestriks, allí donde crece el viejo peral. Y a la otra le corresponde estar junto al pozo. Mientras sigan aquí, salpicadas por toda vuestra mierda, ¡todo será en vano!

—Abuela —decía Ryna—, estas piedras las trajo la glaciación hace cien mil años, arrastrándolas desde algún lugar de Suecia.

—Todo es en vano —insistía la abuela—. Mira ese hueco en el que ahora echáis vuestra mierda y fumáis.

3. En bielorruso, «Pilar Blanco».

Ahí la gente solía depositar kopeks, monedas de rublo, paños, montoncitos de azúcar, cuencos llenos de miel y grano, crucifijos de hierro. ¡Y los católicos rezaban el rosario y hacían votos y juramentos! ¡Cuántas personas se curaron gracias a esa piedra! Debería estar en su lugar, junto al pozo Biely Slup. Y no seas tonta, no te quedes ahí sentada. Coge dos ramas de serbal y envuélvelas con unas hierbas de San Juan, de tal forma que se vean las manchitas rojas que hay en el dorso de las hojas. Luego átalas con un cordel y colócalas con cuidado debajo de la piedra, para que nadie las vea. Y si alguien las ve no pasa nada, pensará que se trata de un juego infantil. Pero la piedra tendrá fuerza. Necesita conservar su fuerza hasta que se mueran todos esos idiotas y el agua lave la pintura.

—¿También tengo que colocar las ramas debajo de la piedra reptadora?

—No te preocupes por la piedra reptadora: se moverá por su cuenta o se hundirá bajo tierra. En Bestriks, para que lo sepas, había un caserío donde vivían los Dziashkóvich, y el viejo Dziashkóvich realizaba mediciones anuales. Según decía, la piedra se desplazaba medio metro por año. Cuando en 1956 las autoridades desalojaron el caserío de Bestriks y trasladaron a sus habitantes a Naugálnaie, el viejo rogó entre lágrimas (poco le faltó para quedarse ciego) que trasladaran también la piedra. Paraska la transportó con su tractor, pero mejor hubiera sido no hacerlo. El anciano murió al poco tiempo, no soportaba vivir en sociedad, se había acostumbrado al aislamiento. Esta piedra se aleja de aquí a rastras, no lo olvides.